llas fatigas, aquellos desengaños, aquellos dolores; y en medio de los himnos, de las músicas lejanas, que lo saludan como á gran ciudadano y gran poeta, surja un grito soldadesco al lado de su tumba, que diga:

¡Gloria al capitan Hugo Foscolo!

Quizá, quien sabe, si él pudiese escuchar todas estas aclamaciones, acaso la última provocaría en sus muertos labios una sonrisa y una chispa de fulgor en las fosas de sus ojos. Tal vez murmuraría con conmovida voz:

—¡Oh, mi campamento de Boulogne! ¡Mis soldados!

A LOS QUINTOS

[Febrero de 1870.]

Calles y plazas se han visto llenas de quintos estas noches.

Solían pasear á prima noche, cuando las calles y plazas se hallan iluminadas y principia el continuado ir y venir de las personas más ó ménos desocupadas, de los carruajes y de las gentes alegres, como ocurre siempre en dias de Carnaval.

Pasaban de prisa por piquetes, de dos en fila, vestidos con sus trajes de aldeanos, envueltos en las mantas, conducidos por pocos *números*, volviendo la cara acá y allá, á las puertas de los teatros, los escaparates de las tiendas tapizados muchos de ellos con trajes de máscara y antifaces, á los puestos de los vendedores de flores cubiertos de guirnaldas y ramilletes, etc., etc.

Los transeuntes los miraban al pasar, otros se paraban en las esquinas para verlos desfilar, y algun co-

chero echaba sapos y culebras por la boca, porque le obligaban á detener el carruaje; los camareros de los cafés con la nariz pegada á los cristales (con lo cual se ve por fuera este apéndice terminado en plazoleta), acompañaban los piquetes con la vista hasta que se perdían á lo lejos.

Cierta noche, encontrándome con un amigo, mientras pasaba uno de estos pelotones de quintos, le dije:

—Observa las caras de los que los miran, y díme si hallas una que exprese un sentimiento digno. Este, por ejemplo, del lado, rie á mandíbula batiente por ciertos bullones que vió en los pantalones de aquel pobre quinto. Este otro murmura:—¡Tiritan como perros!—y ha seguido su camino, regocijándose del agradable calorcillo que siente al meter barba y boca en el embozo de su capeta, más contento de sentirse abrigado despues de haber visto á un semejante dando diente con diente! Aquel otro, mira á los quintos con la misma curiosidad conque se miran los condenados conducidos al patíbulo. Este otro jovencillo ha exclamado:—¡Qué vida!—aquel que está delante de tí ha murmurado:—¡Desgraciados!—Y todos los demás, míralos bien, quién más quién ménos, inclina la cabeza, y revela su cara aquella egoista piedad que se complace en la comparacion de los dolores del prójimo con la tranquilidad y el bienestar propio; aquella piedad embustera y poltrona que pronuncia las palabras tristes con voz alegre y deplora sin amar; piedad que oscila entre la compasion y escarnio sin la sinceridad de la una y la desfachatez del otro; piedad más ultrajante que el desprecio mismo.—¿Por qué esto?

—Porque toda esta gente no comprende al soldado—me respondió el amigo,—porque viendo pasar este peloton de quintos, no considera la mayor parte sino la privacion del teatro, del paseo y de la diversion, no llegando con el pensamiento más allá del cuartel donde se divierte poco la gente y se duerme mal. Ninguno de estos, creo, ve más allá de la privacion; ni del contraste de estos jóvenes que empiezan ahora una vida de abnegacion y de trabajo con los demás que principian una vida de alegría y de fiesta, descubre la idea grande y generosa que se encierra en ese espectáculo de los quintos y que debe impedir la piedad, suscitando en cambio la admiracion. Cuando en el soldado no se vé más que una persona cargada de fatigas y privada de diversiones, cuando no se le concibe, si no como individuo, equivale á que no se le comprende en absoluto.

Pregunté á mi amigo si creía que fuesen muchos los que no lo comprendían.

—La mayor parte. En nuestro país hemos llegado á aquellos dias pronosticados por Bossuet, en los cuales los hombres no ocupan su inteligencia ni su corazon en otra cosa que en los negocios y en los placeres. Fuera de esto, ni se entiende ni se siente nada. La moral, el deber, la abnegacion, el sacrificio, los principios más sagrados y los sentimientos más nobles parece que en la generalidad de los hombres se han cambiado, como en los fantasmas de un sueño que

brillan breves instantes en el pensamiento y luego se borran. Y no hay que maravillarse, si se piensa que suele ocurrir el hecho lo mismo en los pueblos que en los hombres, especialmente en los jóvenes. De igual modo que el jóven despues de haberse libertado (á fuerza de cualquiera doloroso desengaño) de una pasion violenta contraida con esperanzas de felicidad y de fortuna, incurre en un abandono triste y desesperado renegando de todos los afectos nobles que aquella pasion suscitó en su pecho, y desecha todos los altos designios que concibiera, y se entrega al excepticismo y se convierte en frio y duro, así tambien nuestro país, despues de aquella gran espansion de entusiasmo, de virtud y de fé, que ha conseguido hace cuatro años un éxito tan diverso de lo que se esperaba, ahora ha caido en la apatía cansado, incrédulo y disgustado. Enmedio de este desolador espectáculo de vicios y de virtudes como dice Giusti, el ejército es lo mejor que queda; pero la mayoría, repito, no lo comprende.

—Es cierto.

—Para comprenderlo se necesita corazon, y cuando se carece de corazon no basta el pensamiento solo para entender el sentido, valor y alcance de ciertas cosas, porque cuando han huido del corazon ciertos sentimientos y ciertas virtudes no se puede concebir una institucion que precisamente tiene su raíz y su fuerza en aquellas virtudes y en aquellos sentimientos; porque cuando se pierde el espíritu de abnegacion y de sacrificio, no se adivina lo que importa á

un Estado poseer una gran escuela, en la cual aquel espíritu se inspire y fortifique. Así es que si se considera al ejército como una de tantas instituciones, se dirá de él lo que se dice de otras que no producen sus frutos al dia: se dirá que es inútil. No se mira al fondo donde reside el gran trabajo moral que el ejército opera, ni los caractéres blandos que dentro de él se templan, ni los buenos principios que se alimentan en su seno, ni las aspiraciones generosas que alienta el ejército; todo esto no salta á la vista, ni se toca ni se siente cuando no se estudia el ejército á fondo. ¿Quién va á escudriñar todo ese mundo secreto y sin resultados prácticos en el alma de los cuarenta mil hombres que cada año vuelven á sus casas? Se ven pasar por las calles, salir de los cuarteles, girar por la ciudad, estar de centinela, combatir en los simulacros, acabar el servicio militar y volverse á las familias, y se cree que todo está allí. El ejército no es más que eso, ni significa otra cosa para la generalidad. ¿Y cómo ha de admirarnos que el quinto despierte un sentimiento de piedad en cuantos consideran al ejército bajo ese aspecto. Es un hombre que va á trabajar y á sufrir. Para la generalidad no es otra cosa.

Esto dijo mi amigo. Y ved ¡oh, lectores! Aquellos para los cuales las palabras de sacrificio y de abnegacion no son sino palabras vanas; aquellos que cuando se les habla el lenguaje del corazon sonrien; aquellos que tienen vuestra vida por una vida de forzados, en la que no se hace nada por impulso espontáneo, y en

cambio todo por temor á la pena, ved, estos cuando demuestran interesarse por vuestra causa, mienten.

El que os compadece en vez de admiraros é inspiraros valor, es el mismo que compadece al obrero que suda para ganar el pan de sus hijos, porque en él, omo en tí mismo, lector, no comprende el sacrificio, y como no lo comprende, lo supone como un dolor sin compensacion, que repugna el alma cual si fuera duro suplicio. Y como lo supone sin consuelo, así no sabe darse cuenta de cómo y por qué pueden existir en vuestro corazon sentimientos que os lo hagan parecer ligero, que os lo hagan cumplir alegres, y considerarlo como un deber, y recordarlo despues de hecho como una gloria. Estos son aquellos mismos que se preguntan por qué el soldado Perrier se dejó matar por salvar la vida del subteniente Cocatrix; por qué el alférez Gabba prefirió un balazo del enemigo á responder "Me rindo"; por qué Alfredo Capellini ha querido morir en lugar de ponerse en salvo sin manchar su honor. ¿Con qué objeto, preguntan, con qué objeto?

Tenedlo por seguro: cuando no se conoce ni un punto de sacrificio; cuando no se posee en el corazon el amor hácia esta virtud por sí mismo, sin otro objeto y sin otro por qué; cuando se ignoran estos grandes sentimientos que constituyen lo que hay de más respetable y superior en el hombre, entonces, ni existe magnanimidad, ni valor, ni fuerza, ni verdadera y pura honestidad.

El hombre no es honrado, sino en cuánto y hasta

donde le conviene. No reconociendo otro móvil y otra norma para las acciones propias que la utilidad y el interés encaminado á su bienestar, al punto que cesa esa utilidad y ese interés como consejeros de la honradez, el instinto brutal sustituye á la misma y el órden moral se desconcierta.

Pero vosotros no sois de aquéllos; sois jóvenes, habeis dejado vuestras familias, y teneis el alma llena de fé y afectos, con lo que emprendeis alegremente esta nueva vida fatigosa y austera, á la cual se os llama.

Por esto se os puede hablar un lenguaje que los demás no entenderían, y del cual necesariamente habían de reirse; á vosotros se os puede dar consejos que el corazon dicta y que al corazon se dirigen; vosotros no sois de los que torceis la boca con gesto despreciativo ni encogeis los hombros en ademan desdeñoso cuando se apela á los sentimientos más generosos del espíritu humano.

Pero ante todo es preciso no esconderos la verdad.

No somos de aquellos que colocan á la luz uno solo de los aspectos de la vida militar, el mejor. Decimos abiertamente que es dura y penosa. Para gozar el derecho de dar consuelos conviene mostrar que se conocen las razones por las cuales se estima necesario confortar el alma del soldado.

Y estas razones son muchas.

El soldado vive alejado de casa, sacrifica la libertad y se somete á una ley inexorablemente severa. Un acceso de cólera, una momentánea ofuscacion,

pueden ser causa de la infelicidad de toda su vida, ó puede perderlo para siempre. Es preciso que rompa bruscamente con todas las costumbres del pasado; ha de renunciar á muchas de aquellas pequeñas comodidades y de aquellos modestos placeres permitidos á toda otra condicion social por humilde que sea. En muchas ocasiones le es forzoso poner en peligro la salud y la vida del mismo modo que otros arriesgarían al juego un duro, sin vacilacion y sin remordimiento.

Necesita el soldado que muchas veces soporte fatigas tremendas que arrastran el alma á la desesperacion; trabajos en los cuales él mismo se maravilla después, de haberlos resistido, porque los reputaba superiores á toda fuerza humana. El hambre, la sed que abrasa las vísceras, deforma el semblante humano y ofusca la inteligencia; el desvanecimiento que postra al hombre como privado de la existencia; el sol que inflama el cerebro; el calor que ahoga la respiracion; la triste soledad de la garita en las noches de invierno, en medio del hielo y de la nieve; las enfermedades increibles que convierten la fatiga en un tormento y en un peligro; las largas horas de inmovilidad y de silencio durante las revistas; la compañía obligada de personas enteramente desconocidas, ó despreciables, ó repugnantes; los sueños breves é interrumpidos de pronto por la necesidad repentina de nueva laboriosidad; la alimentacion, á veces malsana, escasa y tarda; las mil exigencias de la conducta fuera del servicio; los minuciosos y fastidiosos cuidados del uniforme y de la limpieza de las armas; el aislamiento de toda clase de ciudadanos en ciudades desconocidas; en algunos sitios y en algunos casos, la desconfianza de la poblacion, ó la antipatía, ó la ira franca y el ódio..... y mil y mil cosas más.

Pero por lo mismo que la vida del soldado lleva consigo anejos estos males, ¿deberemos obrar como ciertos amigos suyos enmascarados, que despues de habérselos enumerado del primero al último, vuelven á empezar del último al primero? ¿Qué amistad es esta què abre la llaga por el solo gusto de mirar dentro sin derramar en ella bálsamo?

Nosotros decimos por el contrario al quinto:

—Estos son los males que padecerás, son muchos y no leves; pero no te desanimes: emprende tu camino con el ánimo armado de valor y de constancia sin dejarte abatir en los primeros pasos. No hay vida por dura que sea que no tenga su recompensa y consuelo. De estos, una parte gozarás, nacidos de la naturaleza misma de la vida que hagas; vida nueva, variada, llena de accidentes imprevistos y extraños; vida en la que á los dias tristes y lentos se suceden dias alegres y rápidos. Mudarás á menudo de residencia y conocerás gran parte de tu país que ahora te es desconocido casi como país extranjero; verás tierras y ciudades para tí nuevas de aspecto y de costumbres y se abrirá tu mente á nuevas ideas, conquistando en pocos meses la experiencia de varios años, y hasta muchos conocimientos que ni el tiempo ni el trabajo se te habrían proporcionado á permanecer en tu casa.

—Otros consuelos podrás recabar de tu conciencia siempre que tú te los sepas reclamar. No sonrias: no hay soldado por mal que comprenda sus deberes, por poco que estime su uniforme y por ligeramente que sienta la dignidad de su carácter, no hay soldado aun entre los más disgustados y mal contentos, que allá en el fondo del corazon no oculte algo de altivez, de orgullo vago, algo de una cierta complacencia en ser individuo del ejército; y si no lo siente al principio, lo sentirá de seguro luego.

No son raros los soldados que maldicen una vez cada hora el uniforme que visten y la vida que llevan, pero son ciertamente rarísimos los que al volver á casa no se honran con haber vestido aquellas insignias y haber vivido aquella existencia.

No hay viejo soldado que desconozca que aquellos cinco años de vida militar dejaron en el fondo de su corazon algo bueno y estimable; alguna cosa que le ha otórgado una superioridad incontestable sobre los otros; un derecho particular á la pública consideracion.

Procura tú nutrir y mantener en tí mismo este sentimiento desde el punto que entres en el servicio de las armas. ¿Y por qué de una cualidad que vá á alegrarte y á enorgullecerte andando el tiempo y cuando la abandones, no has de enorgullecerte y alegrarte mientras la ejerzas? No sería justo ni útil. Ten, pues, vanidad en ser soldado. Si careces de ese sentimiento, las fatigas y las privaciones te parecerán doblemente penosas porque te faltará el alimento principal que

da fuerzas para soportarlas: la satisfaccion de cumplir un deber que te honra y te enaltece.

Otro consuelo encontrarás en tus amigos.

La vida muelle, enerva y consume y aniquila el sentimiento de la amistad; la vida severa y regular lo refuerza y lo dilata. La palabra *camarada*, que propiamente significa amigo de cuartel, quiere decir bastantes cosas más que la palabra amigo, porque agrega la naturaleza especial de afecto que hace nacer entre soldado y soldado de la comunidad de la vida militar. Camarada quiere decir un compañero que te quiere bien porque habeis comido mucho tiempo juntos el rancho en la misma marmita; porque en marcha habeis dormido el uno al lado del otro muchas veces sobre un monton de piedras del camino; porque en muchas ocasiones os habeis llevado la menestra el uno al otro cuando estábais de guardia, y os remudásteis de centinela, y os ayudásteis á apretaros el cinturon, y os prestásteis tal cual cosa para ir á la parada, y la pipa con objeto de hacer menos enojosas las horas de salida en los dias que teníais permiso.

Por todas estas razones el camarada es más que un compañero y un amigo, es un hermano; más aún que un hermano, porque la comunidad de los peligros de la guerra infunde en este afecto fraternal un no sé qué de fuerte, de solemne y sagrado que entre hermanos falta en la vida ordinaria. Ya verás, quinto, que tus más caros recuerdos de amistad serán eternamente los del cuartel; que la cara cuyos rasgos conservarás por mayor espacio de tiempo en tu memoria, será la

de tu vecino en el dormitorio; que las palabras, las bromas, los consejos, los actos de atencion y cariño, los servicios amistosos, los testimonios y las pruebas de afecto y fidelidad que guardarás en el corazon, serán los de tus compañeros de escuadra; que entre los servicios, de aquellos que conservarás más viva y duradera gratitud, será el sorbo de agua que te dió un camarada en la ardiente jornada de Julio despues de muchos kilómetros de marcha, ó la visita que te hizo en el hospital cuando estabas enfermo, ó la peseta que te prestó en un momento de apuro. Créelo, quinto, y cree que estos afectos son los más bellos y nobles de la vida del soldado. Cariños que no se demuestran con caricias y tiernas palabras; cariño rudo y oculto, pero profundo, real y tal, que tú puedes confiar siempre y con seguridad absoluta en él.

¿Has visto dos soldados de la misma compañía al encontrarse y reconocerse despues de muchos años que terminaron el servicio, cuando ambos son padres de familia y cambiaron de rostro, de traje y de costumbres.

¿Si los has visto, y su grito de sorpresa, su alegría, el pronto iluminarse de sus semblantes y el ímpetu afectuoso con que se lanzó en brazos el uno del otro, si todo eso no te hizo decir para tus adentros: —¡los envidio!—entonces, tienes el pecho vacío como un tambor.

Pero no; tú habrás participado de su alegría y habrás admirado sinceramente la íntima correspondencia de sus corazones, y dicho para tí mismo:—cuando

yo sea soldado, esta será una de mis más íntimas satisfacciones.

Otro de tus consuelos consistirá en los recuerdos de tu familia.

El amor de la pátria y de la bandera no resulta verdaderamente neto, gallardo y noble, sino cuando germina del afecto de la familia, orígen y alimento de todos los afectos. El amor pátrio se reduce, despues de todo, al amor de la propia familia, extendido más allá de los muros de la casa paterna, y hecho extensivo hasta los confines de la nacion de la cual somos ciudadanos. El espíritu de abnegacion que nos suministra fuerzas para trabajar y sufrir, valor para pelear y afrontar la muerte en defensa del país, es el mismo espíritu que nos induce á las fatigas y al sudor, mucho más que lo haríamos por nosotros mismos, cuando nuestro padre está viejo é impedido para el trabajo; no es más que el espíritu que nos hace velar las noches á la cabecera de nuestra madre enferma de enfermedad contagiosa, cuando los amigos y parientes medrosos la abandonaron: el mismo espíritu hecho más potente y más atrevido. El amor de la patria consiste en el amor á una vasta parentela desconocida. Cuando falta, ningun afecto nace en el corazon ni se arraiga en el alma.

Custodiad, pues, este sentimiento; mantenedlo vivo é íntimo como lo sentísteis en el instante en el cual

os separásteis de la familia; preservadlo religiosamente de las ofensas del tiempo, del mal ejemplo y de las malas costumbres; guardadlo, que él á su vez os guardará á vosotros de muchas culpas y muchos remordimientos.

Es imposible que un hijo ingénuamente afectuoso se manche jamás con una cobardía. Pensar que tal acto imprime la marca del deshonor en la frente de quien le dió el sér, contristando sus últimos dias, basta por sí solo para mantenerlo en el camino del deber y de la virtud, en cuya senda no se perderá por difíciles que sean las circunseancias que lo rodeen.

El soldado que contamina su nombre y traiciona su bandera, abre en el corazon de los suyos la más terrible herida que pueda abrir mano alguna. Por el contrario, no existe orgullo tan legítimo y tan querido en la familia, como el de haber dado al ejército, de su seno, un bravo soldado. Y contribuir á que nuestras familias se enorgullezcan de nosotros, añadiendo al cariño natural que nos dedican, el sentimiento de la gratitud, constituye generosa y bella prueba de virtud, de las más hermosas que puede el hombre demostrar en la tierra.

Honrad, pues, vuestro nombre al honrar la divisa conque la patria os viste, y dedicad cada dia un pensamiento á la casa paterna; dedicádselo en gracia á todas las ánsias que se exhalan entre aquellas paredes queridas, por los peligros en que podeis hallaros, y en gracia á todos los votos que por vuestra salud se hacen, por todo aquello que sufrís, por todo cuanto se

teme que habeis sufrido y por todo lo que se invoca como bendicion sobre vuestras cabezas.

Estos son los deberes que teneis para con vosotros mismos.

Escuchad ahora los que os corresponden con respecto á vuestros superiores y con respecto á la disciplina.

No deis fé á los que lamentando la pesadumbre de la vida militar distinguen malignamente los oficiales de los soldados, con objeto de insinuaros que los gravámenes recaen solamente sobre vosotros, y que á medida que se sube en los escalones de la gerarquía, se aligera el peso de los deberes y de los sacrificios que llevais vosotros solos por entero. No les deis fé á los que tal dicen.

Al persuadiros de que las cargas y las compensaciones están repartidas injustamente, tratan de descorazonaros, porque de ahí nace la malquerencia, y de la malquerencia la indisciplina. Y os engañan.

Ascendiendo de grado en grado, los cargos mudan de naturaleza, pero no se disminuyen; pasa el peso desde las espaldas á la cabeza; pero este no desaparece, sino que se convierte en más grave. Vuestros jefes, mientras más altos están, tanto menos se cansan personalmente, pero tanto más dejaron atrás de obras y trabajos. Sois jóvenes; ellos os adelantan en edad. Estais ligados á esta vida de sacrificio por cinco años;

ellos por toda la vida hasta la vejez, á veces hasta la muerte. Llevais esta vida dura en la flor de vuestra juventud, en la cual la salud rebosa por todas partes, y el sentimiento de largo é indeterminado porvenir, y las ilusiones propias de la edad, os otorgan ánimo y vigor para soportar alegres, fatigas y privaciones; en vosotros cada dia al levantarse el sol se templa con nueva fuerza y nueva alegría el valor y la esperanza. Pero ellos, vuestros jefes, llevan la vida militar en edad avanzada, cuando el entusiasmo juvenil que todo lo aviva y embellece, habiéndose desvanecido en parte ó por entero, hace que las privaciones y las fatigas, aun que por sí mismas ménos graves de las vuestras, produzcan sin embargo iguales efectos, si no mayores.

Las humillaciones que os tocan, los castigos que se os aplican tienen el aspecto de más penosos y severos y materialmente lo son; pero resultan en el fondo menos amargos que los de vuestros superiores, en los que la edad y el grado mismo refinan la susceptibilidad del amor propio y endurecen el orgullo. Estais bajo la inspeccion de vuestros superiores; ellos bajo la inspeccion de los suyos, bajo la vuestra misma y bajo la del país. Vuestra responsabilidad se restringe al círculo de vuestra buena voluntad y la asumís reduciéndola al capote y la mochila; vuestros jefes la tienen siempre, en momentos terribles, y tal, que á veces destroza las almas grandes y despedaza las fibras más vigorosas. Os hiere en ocasiones el castigo inmerecido de un superior violento y ellos sufren á menudo la sentencia injusta y la cólera ciega de un pueblo,

de una edad, como víctimas espiatorias de los errores de muchos.

No, no es injusta la reparticion de las cargas, creedlo. ¡Cuántos de vuestros jefes os envidian con frecuencia hasta en los castigos y el arresto! Muchos quisieran cambiar la fatigosa agitacion de vuestra humilde vida por la quieta, cansada y pensativa que arrastran, á la cual llaman reposada los inexpertos, y ociosa los malignos.

Respetad, pues, á vuestros superiores y más á los más altos; y no solo con aquel respeto militar que la disciplina impone, alegando la necesidad y fijando de antemano las formas, sino con aquel otro respeto, íntimo, cordial, devoto, que cada ciudadano debe á quien rige un alto oficio en su país, y tiene por lo general con muchos y difíciles deberes, pocas é inseguras recompensas.

Respetadlos hasta como ciudadanos. Recordad que muchos se han hecho viejos en las filas del ejército; que muchos llevaron á su espalda el zurron y comieron en la gamella como vosotros, pero muchos más años que vosotros comereis. Que muchos eran ya soldados provectos y altivos con cicatrices antiguas cuando vosotros érais poco más que niños; que muchos han combatido por la libertad italiana ó fueron á buscar una guerra justa y una bandera libre en tierra extranjera antes que naciérais.

Pero no basta que los respeteis; os aman y les debeis correspondencia. Son estúpidos ó necios los que suponen que vuestros jefes no sienten por vosotros si-

no fria indiferencia y puntilloso mal humor que busca y desea ocasion de vengar con el castigo cuidados y aburrimientos que les cabe en suerte por vuestra culpa.

¿Por qué no os habrían de querer? ¿Por qué un coronel con la cabeza blanca (á menos que no sea de índole excepcionalmente perversa) no habría de tener en cuenta á sus hijos, vosotros, jóvenes de veinte años, que comparados con él sois casi chicuelos, vosotros que le recordais los bellos dias de su juventud, las caras emociones de su vida militar, aquellos dias de irreflexion y de alegría que siempre llora y que quisiera resucitar aun pagándolo á precio de sus caponas y de sus galones en la boca-manga? ¿No comprendeis que vosotros significais todo, absolutamente todo para él: su pasado, su familia, su orgullo, su vida? ¿Acaso porque no vá á estrecharos la mano uno por uno suponeis que no os quiere bien? Ya sabeis que no puede hacerlo, porque los más abusarían de aquella familiaridad y no miente la sentencia que dice:—Dá la mano al soldado y él se tomará el brazo.

¡Pero id á hablarle mal á un coronel de sus soldados! ¡Mirad bien á los ojos á los comandantes que se despiden de sus batallones al ser trasladados! ¡Id á buscar á esos veteranos retirados ya, cuando andan apoyándose en el baston y habladles de la quinta compañía de su regimiento, de la sétima, de la novena, de la cabeza ligera de aquel cabo furriel, de aquel buen soldado ó de aquel otro tunante de tambor, y vereis cómo se acuerdan de todo y de todos aunque hayan

pasado muchos años; cómo vuelve con la imaginacion á aquellos tiempos, cómo se exaltan y cómo se enternecen!...

Esto en cuanto á los viejos que guardan hácia vosotros un afecto paternal.

Pero teneis muchos oficiales jóvenes, en la flor de los años lo mismo que vosotros, que os conocen uno por uno, que están siempre á vuestro lado, sabiendo vuestras necesidades y prodigandoos cuidados; oficiales que son como vuestros amigos y hermanos mayores. Tened confianza en ellos; á ellos recurrid cuando hayais menester de una opinion ó de un consejo; hacedles comprender que os inspiran más cariño que temor; sed espansivos y francos y arrancad del alma la desconfianza sombría y oculta que os hace ver en cada superior un perverso, un malévolo, un perseguidor ó un enemigo.

¿Enemigo? ¿Y por qué? Nada ambiciona tanto el oficial como la adhesion y confianza de sus soldados; nada le disgusta y ofende tanto como ver entre ellos que alguno lo mira mal sin razon ni fundamento, sino solamente porque ve en él personificado el rigor y el castigo. ¿Qué gusto quereis que saque el oficial en malquistarse con aquellos entre los cuales ha de pasar la mitad de su vida? ¿Por qué no ha de ser su primero y vivísimo deseo el de no castigar jamás, no reñir y ni molestar ni molestarse?

Pero querer con el corazon no basta; se necesita probarlo con los hechos: obedecer, y obedecer con la espontaneidad y solicitud que previene la reprimen-